

EL EFECTO PIGMALIÓN EN LA EDUCACIÓN MÉDICA: CÓMO LA NARRATIVA PERSONAL INFLUYE EN EL DESEMPEÑO ACADÉMICO

AUTOR: ALFREDO DE JESÚS MANZANO GARCÍA

INTRODUCCIÓN

El efecto Pigmalión, también conocido como efecto Rosenthal, describe cómo las expectativas de una persona pueden influir en el rendimiento de otra persona, convirtiéndose en una “profecía autocumplida”. Este concepto, originado a partir del mito griego de Pigmalión, ha cobrado gran relevancia en psicología y pedagogía porque destaca el poder de las creencias en contextos educativos. En términos simples, si un profesor cree firmemente que un alumno tendrá éxito, ese alumno tiende a mejorar su desempeño; por el contrario, bajas expectativas pueden perjudicar el rendimiento. El efecto Pigmalión puede ser positivo (cuando las altas expectativas potencian la autoestima y logros del estudiante) o negativo, conocido como efecto Golem (cuando las bajas expectativas minan la confianza y el desempeño del alumno).

Para estudiantes de medicina –que enfrentan altos retos académicos y suelen estar bajo evaluación constante– comprender este fenómeno es valioso: sugiere que tanto las expectativas de sus maestros y colegas, como la *narrativa personal* que cada estudiante tiene sobre sí mismo, pueden influir marcadamente en su éxito académico. A continuación, se revisa qué es el efecto Pigmalión, la evidencia científica sobre cómo las expectativas ajenas

y la autopercepción afectan el rendimiento académico, la relación entre la narrativa personal y el éxito en el aprendizaje, y se proponen estrategias basadas en la evidencia para mejorar la narrativa personal y optimizar el desempeño académico.

EL EFECTO PIGMALIÓN EN LA EDUCACIÓN

El efecto Pigmalión fue demostrado clásicamente por Rosenthal y Jacobson en 1968. En su experimento, tras medir el nivel intelectual de alumnos de primaria, seleccionaron al azar a algunos niños y comunicaron falsamente a sus maestros que esos estudiantes estaban destinados a destacar académicamente ese año. Al final del curso, esos niños aleatorizados obtuvieron calificaciones significativamente más altas que sus compañeros. En otras palabras, las expectativas infundadas pero positivas de los docentes se habían traducido en un mejor rendimiento real de los alumnos señalados. Rosenthal y Jacobson dieron a este fenómeno el nombre de “efecto Pigmalión” en alusión al mito en el que una escultura cobraba vida al ser amada intensamente por su creador, cumpliendo su deseo.

Numerosos estudios posteriores han confirmado que las expectativas de los docentes (tanto positivas como negativas) pueden alterar las interacciones en clase de

forma que las profecías tienden a cumplirse. Por ejemplo, se ha observado que muchos profesores favorecen sin darse cuenta a los alumnos de quienes esperan más: les proponen preguntas más desafiantes, les dan más tiempo para responder, ofrecen explicaciones adicionales, muestran mayor empatía con sus dificultades y los animan con frecuencia. En contraste, con estudiantes sobre los que tienen bajas expectativas, algunos maestros tienden a hacer preguntas más simples, esperar menos tiempo sus respuestas y mostrarse menos comprensivos o estimulantes. Los alumnos perciben estos tratos diferenciales sutiles y responden en consecuencia: si sienten que su profesor espera mucho de ellos, suelen esforzarse más; si intuyen que se espera poco, es fácil que reduzcan su dedicación. Así, las creencias del profesor se reflejan en su conducta, esta moldea el comportamiento del estudiante, y finalmente ambos confirman la expectativa inicial: se produce el círculo de la profecía autocumplida. En síntesis, creer de antemano en un cierto resultado (alto o bajo rendimiento) puede contribuir a que ese resultado ocurra, porque actuamos de manera congruente con la creencia.

La influencia del efecto Pigmalión está bien documentada. Un cuerpo de evidencia indica que las altas expectativas de los profesores se asocian con mejoras reales en el desempeño académico de sus alumnos. Por ejemplo, estudios longitudinales han encontrado que cuando los docentes tienen altas expectativas, los estudiantes muestran mayores avances académicos con el tiempo. Un meta-análisis publicado en 2022 examinó los efectos a largo plazo de las expectativas

del profesor y halló que aquellos alumnos que en educación temprana fueron tratados con expectativas positivas mantuvieron un rendimiento superior a lo largo de sus años escolares en comparación con alumnos sin esas expectativas positivas tempranas. Del mismo modo, otra investigación reportó que las altas expectativas docentes se vinculan con mayor motivación y autoeficacia en los estudiantes. Esto sugiere que creer en el potencial del alumno no solo puede mejorar sus calificaciones, sino también fortalecer su confianza y deseo de aprender.

El impacto del efecto Pigmalión trasciende la educación básica. Un estudio de Boser et al. sobre datos de sistemas escolares en EE. UU. señaló que las expectativas de los profesores de secundaria eran predictores muy potentes del éxito posterior de los alumnos, incluso más que la motivación o el esfuerzo reportado por los propios estudiantes. Específicamente, controlando factores demográficos, las expectativas docentes resultaron más predictivas del logro universitario que variables como la auto motivación del alumno. Asimismo, se encontró que las expectativas de los docentes en 10.º grado pronosticaban mejor la inscripción y permanencia de los alumnos en la universidad que las expectativas que tenían los propios alumnos o sus padres. Cabe destacar que estas relaciones no necesariamente implican causalidad directa en todos los casos (es posible que algunos profesores simplemente anticipen con acierto el desempeño según datos previos del alumno). No obstante, numerosos estudios experimentales y correlacionales apoyan la idea de una influencia real de las

expectativas: cuando un educador cree en las capacidades de un estudiante y actúa en concordancia, crea un clima que propicia la mejora del alumno. Por el contrario, expectativas bajas o prejuicios pueden tener un efecto perjudicial: si un profesor asume que ciertos estudiantes aprenderán poco, podría sin querer dedicarles menos atención o rigurosidad, y esos alumnos, al internalizar ese mensaje, efectivamente rendirán por debajo de su potencial. Este fenómeno negativo (efecto Golem) refleja cómo la falta de confianza de un docente puede mermar la autoestima académica de un estudiante y obstaculizar su desempeño. En suma, en el ámbito educativo “las expectativas y previsiones de los profesores sobre sus alumnos tienden a determinar las conductas y resultados de esos alumnos”, tal como señalaron Rosenthal y Jacobson hace décadas. Por ello, reconocer el efecto Pigmalión recuerda a los educadores la responsabilidad de mantener altas expectativas para todos sus estudiantes y tratarlos de forma que favorezca su desarrollo.

AUTOPERCEPCIÓN, NARRATIVA PERSONAL Y RENDIMIENTO ACADÉMICO

Además de las expectativas de terceros, cada estudiante lleva consigo sus propias expectativas y creencias acerca de sus capacidades. Esta narrativa personal —la historia interna que uno se cuenta sobre su potencial, inteligencia o idoneidad— desempeña un papel crucial en el desempeño académico.

Cuando un alumno cree firmemente en su capacidad de mejorar y lograr sus objetivos,

esa convicción puede convertirse en un motor que lo impulsa a esforzarse y persistir, aumentando sus probabilidades de éxito. Por el contrario, si su autopercepción está plagada de dudas (“no soy lo suficientemente bueno”, “nunca entenderé esta materia”), es posible que esas creencias limitantes terminen por manifestarse en un rendimiento inferior al esperado. En cierto modo, hablamos de un Pigmalión interno: la profecía autocumplida aplicada a uno mismo. En la literatura, a este efecto interno se le ha denominado en ocasiones efecto Galatea, para diferenciarlo del Pigmalión “externo” de las expectativas ajenas. El efecto Galatea sugiere que cuando una persona eleva sus propias expectativas y creencia en sí misma, también puede mejorar su desempeño gracias a ese aumento de autoconfianza.

La psicología educacional ha acumulado abundante evidencia de que la autopercepción influye fuertemente en el rendimiento académico. Albert Bandura, pionero en la teoría sociocognitiva, introdujo el concepto de autoeficacia para referirse a la creencia personal de ser capaz de organizar y ejecutar las acciones necesarias para alcanzar un determinado desempeño. Según Bandura, no basta con que un individuo tenga habilidades; también debe creer que puede utilizarlas exitosamente en la tarea requerida. Esta “auto-confianza específica” ha demostrado ser un factor predictor importante en múltiples dominios, desde la destreza deportiva hasta el logro académico. En el ámbito educativo, numerosos estudios han encontrado que los estudiantes con alta autoeficacia tienden a obtener mejores calificaciones y logros, en parte porque la

creencia en la propia capacidad los lleva a intentarlo con más empeño, afrontar desafíos y persistir frente a las dificultades. De hecho, la creencia del alumno en que puede aprender y rendir bien en la escuela predice su nivel de desempeño por encima incluso de su capacidad medida o de sus resultados previos. Es decir, dos alumnos con capacidades intelectuales similares pueden terminar teniendo resultados distintos si uno confía en sus habilidades y el otro no.

Un estudio reciente ilustró cuantitativamente este punto: investigadores evaluaron a casi 800 adolescentes en China y encontraron que el autoconcepto académico (es decir, la percepción de la propia habilidad en asignaturas específicas) era uno de los mejores predictores de las calificaciones escolares. De hecho, solo al medir la autoevaluación del alumno sobre una materia, lograron explicar hasta un 32% de la variación en sus notas de ese curso. Este aporte fue mayor que el de otros factores como la personalidad o la motivación, lo que subraya la influencia singular de la imagen académica que el estudiante tiene de sí mismo en su desempeño. Cuando los alumnos se ven a sí mismos como competentes en una materia, tienden a rendir mejor en ella; cuando se perciben incapaces, ese pronóstico personal tiende a cumplirse.

Las creencias personales moldean la forma en que los estudiantes abordan el aprendizaje. Un ejemplo claro es la diferencia entre tener una "mentalidad fija" versus una "mentalidad de crecimiento", conceptos desarrollados por la psicóloga Carol Dweck.

Los estudiantes con mentalidad fija piensan que la inteligencia o la habilidad son cualidades estáticas ("se tiene o no se tiene"); temen equivocarse porque lo interpretan como señal de falta de talento. En cambio, quienes poseen una mentalidad de crecimiento creen que sus capacidades pueden desarrollarse con el esfuerzo, la estrategia adecuada y la persistencia. Estas creencias contrastantes producen comportamientos muy distintos ante los retos académicos. Estudios de Dweck y colegas demuestran que los alumnos con mentalidad de crecimiento consistentemente superan en desempeño a aquellos con mentalidad fija, a lo largo de diversos niveles educativos. ¿Por qué ocurre esto? Cuando se enfrentan a una dificultad o un fracaso, los estudiantes de mentalidad fija tienden a interpretar el revés como evidencia de su falta de capacidad ("reprobé porque soy tonto") y pueden sentirse humillados o rendirse fácilmente. Por el contrario, un estudiante con mentalidad de crecimiento verá el mismo fracaso como una oportunidad de aprender en lugar de una sentencia sobre su inteligencia. En lugar de pensar "soy un incapaz", puede pensar "quizá necesito cambiar de estrategia o estudiar más". Esta respuesta con pensamientos constructivos y perseverancia permite que, con el tiempo, sigan progresando donde otros abandonan. En esencia, la narrativa interna "puedo mejorar" genera resiliencia, mientras que la narrativa "no soy bueno en esto" genera estancamiento.

Otro aspecto de la narrativa personal es el sentido de pertenencia y la identidad dentro del ámbito académico. Si un estudiante (en

especial de un grupo subrepresentado) siente que “no encajo aquí” o que no cumple el prototipo del buen estudiante de medicina, esa inseguridad puede minar su rendimiento. La ansiedad por pertenencia o el conocido “síndrome del impostor” son ejemplos de estados mentales donde la narrativa personal se torna negativa (“todos se darán cuenta de que no soy suficientemente capaz”). Investigaciones han mostrado que esta clase de pensamientos puede traducirse en estrés elevado, menor participación en clase y peores resultados. Por el contrario, intervenir para cambiar esas narrativas puede mejorar el desempeño.

Un estudio notable realizado en una universidad estadounidense aplicó una breve intervención para convencer a estudiantes de minorías de que es normal sentir dudas iniciales sobre pertenecer en la carrera, pero que esas preocupaciones disminuyen con el tiempo. Los estudiantes que reflexionaron sobre esta idea y la *internalizaron* mostraron a partir de entonces mayor involucramiento académico (buscando más activamente ayuda de profesores, estudiando en grupo, etc.) y elevaron su promedio de calificaciones en los años siguientes, reduciendo a la mitad la brecha de rendimiento que existía con sus compañeros blancos. A largo plazo, también reportaron mayor satisfacción y tasas de graduación más altas. Este experimento evidencia cómo reencuadrar la narrativa personal –pasar de “quizá no pertenezco aquí” a “todos enfrentan retos de adaptación, puedo superarlos”– impacta positivamente en el éxito académico. De modo similar, otras intervenciones de *autoafirmación* han mostrado efectos beneficiosos: por ejemplo,

ejercicios en que los alumnos escriben sobre sus valores personales para reafirmar su identidad han logrado mejorar las calificaciones y la permanencia escolar, especialmente en estudiantes que inicialmente tenían bajo rendimiento o se sentían estereotipados.

En un estudio con alumnos de secundaria, breves redacciones sobre los valores más importantes para cada uno aumentaron el promedio de notas de estudiantes afroamericanos y redujeron en un 40% la brecha de rendimiento entre grupos étnicos. Estos alumnos, al fortalecer su autoestima académica y sentido de pertenencia mediante la autoafirmación, continuaron mejorando su desempeño en los dos años siguientes y mostraron una mayor tasa de ingreso a la universidad en comparación con sus pares que no realizaron la intervención. En suma, la evidencia científica es contundente: la forma en que los estudiantes se perciben a sí mismos –su narrativa interna sobre su capacidad, inteligencia y pertenencia– influye profundamente en su motivación, resiliencia y rendimiento académico. La buena noticia es que estas creencias no son inamovibles; pueden cambiarse con intervenciones adecuadas, experiencia y reflexión.

ESTRATEGIAS PARA MEJORAR LA NARRATIVA PERSONAL Y OPTIMIZAR EL DESEMPEÑO

Dado el impacto que la autopercepción y las expectativas tienen en el rendimiento, ¿qué estrategias concretas pueden ayudar a un estudiante (en especial de medicina) a desarrollar una narrativa personal positiva y

potenciar su desempeño? A continuación, se presentan varias recomendaciones basadas en hallazgos de la psicología educacional y cognitiva:

- **Cultivar una mentalidad de crecimiento:**

Adoptar la convicción de que las habilidades y la inteligencia *no son fijas*, sino que pueden desarrollarse con práctica y dedicación. Esto implica recordar que cada desafío es una oportunidad de mejorar, en vez de una prueba infalible de capacidad. Por ejemplo, si una materia resulta difícil, en lugar de pensar “no sirvo para esto”, reformular a “aún no lo domino, pero puedo mejorar con más estudio o buscando ayuda”. La investigación sugiere que abrazar esta perspectiva mejora la motivación y los resultados; estudiantes entrenados en mentalidad de crecimiento suelen obtener calificaciones más altas con el tiempo que aquellos con creencias fijas. Los estudiantes de medicina pueden beneficiarse de esta mentalidad al enfrentar cursos complejos o rotaciones clínicas exigentes, entendiendo que el dominio llega gradualmente.

- **Establecer metas realistas y celebrar los pequeños logros:**

Dividir los objetivos académicos grandes (por ejemplo, aprobar un examen final difícil) en metas intermedias alcanzables (estudiar cierto número de temas por semana, practicar X procedimientos en el laboratorio de habilidades, etc.). Cada vez que se alcanza una meta parcial, reconocer ese logro y darse crédito. Estas *experiencias de éxito* acumuladas fortalecen la autoeficacia, ya que le demuestran al estudiante que es

capaz de progresar. Bandura identificó las “experiencias de dominio” como la fuente más poderosa de autoeficacia: tener éxitos, aunque sean modestos, construye la creencia de “yo puedo”. Por ejemplo, un estudiante que inicialmente se siente inseguro en una técnica clínica (digamos, tomar la presión arterial o suturar una herida) debería practicar en entornos de baja presión (simuladores, pares, etc.) hasta lograrlo correctamente. Ese pequeño triunfo aumentará su confianza para luego intentarlo en situaciones más demandantes. Apreciar el propio progreso –en vez de solo enfocarse en lo que falta por mejorar– ayuda a reescribir la narrativa interna hacia un tono de autoeficacia.

- **Buscar modelos y apoyo social positivo:**

Otra forma de nutrir una mejor narrativa personal es rodearse de personas que inspiren y brinden aliento. Según Bandura, aprender de *modelos* (otros que ya lograron lo que uno aspira) es una fuente importante de autoeficacia. Ver a un compañero dominar cierta habilidad clínica, o conocer la historia de un médico que superó dificultades durante su formación, puede persuadir al estudiante de “si ellos pudieron, yo también puedo”. Por ello, es útil integrarse en grupos de estudio colaborativos, acudir a mentores académicos o profesionales, y compartir experiencias con colegas. El apoyo verbal y la retroalimentación constructiva de profesores y tutores también contribuyen: palabras de motivación genuinas o señalamiento de mejoras específicas pueden reafirmar la creencia

del estudiante en sus capacidades. Por ejemplo, un tutor clínico que le diga a un interno “vi que manejaste bien esa historia clínica, tienes madera para esto” puede tener un efecto positivo notable en la autoconfianza del estudiante. En cambio, es importante limitar la influencia de personas con actitudes derrotistas o muy negativas, ya que pueden reforzar narrativas pesimistas (“nadie aprende bien esto, es Establecer metas realistas y celebrar los pequeños logros: Dividir los objetivos académicos grandes (por ejemplo, aprobar un examen final difícil) en metas intermedias alcanzables (estudiar cierto número de temas por semana, practicar X procedimientos en el laboratorio de habilidades, etc.). Cada vez que se alcanza una meta parcial, reconocer ese logro y darse crédito. Estas *experiencias de éxito* acumuladas fortalecen la autoeficacia, ya que le demuestran al estudiante que es imposible, somos malos todos”). Cultivar una red de apoyo que crea en el potencial del estudiante ayuda a contrarrestar las dudas internas cuando surjan.

- **Reencuadrar las interpretaciones de los fracasos y dificultades:** Una estrategia central para mantener una narrativa personal saludable es manejar de forma adaptativa las experiencias negativas (malas calificaciones, errores en prácticas, reprobaciones). En lugar de interpretarlas como prueba de incapacidad permanente, es útil verlas como información y oportunidad de crecimiento. Esto se relaciona con lo que en psicología se llama atribuciones causales: consiste en preguntarse, ante

un revés académico, a qué se debió. Si uno atribuye el fallo a “soy tonto, no sirvo para esta carrera”, se socava la autoestima y se reduce la motivación. Por el contrario, atribuirlo a factores modificables –“no estudié lo suficiente”, “no utilicé un buen método, debo probar otra estrategia”, “estaba muy ansioso y eso me afectó, puedo trabajar en controlar esos nervios”– permite planear acciones de mejora y mantiene intacta la creencia en la capacidad básica de uno mismo. Los educadores recomiendan fomentar este estilo atribucional en los estudiantes. Por ejemplo, un docente o mentor puede conversar con el alumno tras un mal desempeño y ayudarlo a identificar qué y cómo puede mejorar, en lugar de permitir que se etiquete a sí mismo como incapaz. Así, el alumno aprende a persistir tras las caídas, ajustando su enfoque en vez de renunciar. Con el tiempo, esta práctica forja una narrativa personal resiliente: el estudiante se ve a sí mismo como alguien que supera obstáculos y no como “alguien que no puede con los obstáculos”. De nuevo, la mentalidad de crecimiento juega un rol aquí, al recordar que un tropiezo no define el futuro. En términos de salud mental, técnicas cognitivas como la reestructuración (identificar pensamientos automáticos negativos y replantearlos de forma más objetiva y constructiva) pueden ser muy útiles para combatir la autocrítica excesiva y mantener una autoimagen académica positiva.

- **Practicar la autoafirmación y cuidar la motivación intrínseca:** Como se mencionó, breves ejercicios de autoafirmación han demostrado eficacia para mejorar la seguridad personal y el rendimiento en poblaciones estudiantiles vulnerables. Si bien estas intervenciones se han aplicado sobre todo en contextos de minorías subrepresentadas, cualquier estudiante puede aplicar principios similares por cuenta propia. Ejemplo de práctica: llevar un diario enfocado en logros y valores, donde el estudiante periódicamente escriba acerca de sus fortalezas, sus avances y por qué quiere ser médico. Reflexionar por escrito sobre ¿qué valores personales me motivan a estudiar medicina? (como el deseo de ayudar a otros, el interés científico, la perseverancia demostrada en su vida, etc.) puede reafirmar la identidad positiva del estudiante y servir de recordatorio en momentos de estrés de por qué es capaz y merece estar allí. Esta reafirmación de valores ataca las dudas internas y refuerza la sensación de integridad y valía, facilitando que el estudiante se mantenga comprometido incluso bajo presión. Asimismo, es recomendable nutrir la motivación intrínseca: encontrar el sentido y la pasión en lo que se estudia más allá de solo buscar calificaciones. Cuando un estudiante se conecta con el significado de lo que aprende (por ejemplo, pensando cómo determinado conocimiento ayudará a salvar vidas en el futuro), su narrativa personal se vuelve más poderosa: se ve a sí mismo como un

aprendiz con una misión, en lugar de alguien que solo cumple con exigencias externas. Esta orientación interna sustenta la perseverancia y la satisfacción, protegiendo contra la desmotivación.

En conjunto, estas estrategias ayudan a reconfigurar la narrativa interna hacia la autoeficacia, el crecimiento y la resiliencia. Es importante destacar que no se trata de caer en un optimismo ciego o en la negación de las dificultades, sino de adoptar una postura de auto-apoyo frente al aprendizaje. Al igual que un buen profesor crea un clima de expectativas positivas para sus alumnos, uno mismo puede convertirse en ese “buen maestro interior” que fomenta su propio desarrollo, en vez de ser un crítico que sabotea sus esfuerzos.

CONCLUSIÓN

El rendimiento académico no depende únicamente de la aptitud intelectual o el esfuerzo aislado; como hemos visto, está profundamente entrelazado con un componente psicológico: las creencias y narrativas que rodean al estudiante. El efecto Pigmalión ejemplifica cómo las expectativas de los demás pueden impulsar o frenar a un alumno, algo especialmente relevante en la formación médica donde profesores y supervisores ejercen gran influencia. Igualmente, la narrativa personal –esa voz interna que afirma o duda de nuestras capacidades– actúa muchas veces como una fuerza autoprofetizada que puede llevarnos al éxito o auto-sabotearnos. Afortunadamente,

comprender estos fenómenos nos da herramientas para intervenir. Los estudiantes de medicina, al igual que cualquier estudiante, no son meros receptores pasivos de un destino académico fijo: pueden trabajar activamente en moldear su autopercepción. Adoptar una mentalidad de crecimiento, buscar activamente retroalimentación positiva, reflexionar sobre los propios progresos y reencuadrar las dificultades son prácticas que fortalecen la confianza académica y, por ende, el desempeño. Del mismo modo, los educadores y mentores deben ser conscientes del poder de sus expectativas y comunicaciones, esforzándose por transmitir confianza en las capacidades de sus alumnos.

En el camino exigente de la carrera de Medicina, cada estudiante se beneficiará de recordar que su *auto-narrativa* es una parte fundamental de su formación. Cultivar una narrativa personal positiva — verse a uno mismo como un aprendiz capaz de mejorar, que pertenece a la comunidad académica y que puede superar desafíos— no solo mejora las calificaciones, sino que también prepara al futuro médico para enfrentar con resiliencia los continuos retos de su profesión. En última instancia, creer en uno mismo (y rodearse de quienes también lo crean) se convierte en un pilar para rendir mejor académicamente y para crecer como profesional. Trabajar en la autopercepción no es un adorno, sino una inversión esencial en el desarrollo integral del estudiante de medicina: al cambiar la historia que nos contamos, cambiamos los resultados que podemos alcanzar.

REFERENCIAS

1. Artino A. R., Jr (2012). Academic self-efficacy: from educational theory to instructional practice. *Perspectives on medical education*, 1(2), 76–85. <https://doi.org/10.1007/s40037-012-0012-5>
2. Pfitzner-Eden F. (2016). Why Do I Feel More Confident? Bandura's Sources Predict Preservice Teachers' Latent Changes in Teacher Self-Efficacy. *Frontiers in psychology*, 7, 1486. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2016.01486>
3. Rubie-Davies C. M. (2010). Teacher expectations and perceptions of student attributes: Is there a relationship? *The British journal of educational psychology*, 80(Pt 1), 121–135. <https://doi.org/10.1348/000709909X466334>
4. Turetsky, K. M., Sinclair, S., Starck, J. G., & Shelton, J. N. (2021). Beyond students: how teacher psychology shapes educational inequality. *Trends in cognitive sciences*, 25(8), 697–709. <https://doi.org/10.1016/j.tics.2021.04.006>
5. Wang, H., Sun, Y., Zhao, X., Wang, W., & Xue, J. (2024). Enhancing academic engagement through students' perceptions of teacher expectations: the mediating role of intentional self-regulation in middle school. *Frontiers in psychology*, 15, 1456334. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2024.1456334>